

El Correo Literario.

PERIODICO POLITICO, LITERARIO I DE COSTUMBRES.

ILUSTRADO.

Numero 11.

Oficina central, plazuela de la Compañía, junto a la Imprenta.

Octubre 9.

Creemos de nuestro deber poner en conocimiento de nuestros suscritores que desde el presente número, la redaccion de este periódico ha pasado a nuevas manos.

LOS EDITORES.

EL CORREO LITERARIO.

SANTIAGO, OCTUBRE 9 DE 1864.

MARCHA DE LA AMÉRICA.

(CONCLUSION.)

III.

Para llevar al cabo tan grandes pensamientos es necesario no perler de vista ni por un solo instante, cual es el verdadero camino por donde deben conducirse estos destinos de la América que una mano invisible ha trazado en el porvenir, i cuya realizacion es el mas sagrado deber de los americanos.

La luz de la discusion, por mas que esta haya ocupado a muchas intelijencias durante los últimos años, no ha sido suficientemente clara para uniformar las opiniones sobre las bases en que debe reposar la Union, ni sobre los estados o familias que han de entrar en la liga.

Esto previene no de dificultades que hiciera imposible la alianza entre algunos estados por marcadas diferencias en sus costumbres, formas de gobierno, intereses etc., sino de haber tenido por móvil una causa estraña a los principios en que debe precisamente apoyarse. Ha sido el miedo la palanca que hizo surgir este pensamiento; pero el miedo de los mas débiles, de los que no podian escapar de las garras de los enemigos que los acechaban sin reunir sus fuerzas i hacer causa comun. El fué quien impulsó a Bolivar en 1825 a organizar el congreso de Panamá instalado en 1826. El fué quien reunió el congreso de Lima en 1848; él quien dictó el tratado tripartito en 1856 i ahora mismo ¿no es él quien lleva a Lima a los ministros plenipotenciarios de nueve repúblicas con un objeto idéntico del que los guiaba en 1848?

Miedo a la Santa Alianza en 1826.

Miedo a Cristina en 1848.

I miedo a la España, miedo a la Francia, miedo a la monarquía en 1864.

Solo en momentos tan aciagos han recorda-

do los americanos que eran una sola familia i que estaban destinados a formar todos una gran nacion. La mayor parte de los escritores que han buscado una solucion a este problema, lo han hecho bajo la impresion de alguno de aquellos acontecimientos i es fácil conocer que es esta la causa porque se nota en ellos marcadas diferencias de opiniones. Unos temen la monarquía europea i otros el filibusterismo yankee, segun ha sido el momento en que se han ocupado de las bases de la Union.

Solo ahora comienzan a convencerse que solo a la monarquía es a quien la América debe temer i que el *individualismo* del Norte es un fantasma que ha acabado por desvanecerse. La cuestion de las razas, la misma que dá pretextos a la Europa para estender sus garras, ha quedado tambien reducida a una fútil aprension que carece de todo fundamento, i la sajona, la latina, i la indijena forman ya la única i verdadera que existe i debe existir en el continente:—La raza americana.

«El hecho determinante de las razas, dice un ilustrado escritor americano, es la *civilizacion*. I la civilizacion americana es una, la democrática, fundada en la fusion de todas las viejas razas en la idea del derecho.»

De esta grave cuestion que parece resuelta ya en este sentido nacia el error de algunos que en sus proyectos de Union escluidan a los Estados del Norte, porque veian en ellos una familia distinta i peligrosa. En su empeño por conservar la raza latina no hacian mas que retardar la purificacion de la americana.

Estas diferencias i aquellos temores han sido la causa principal por que la Union no se ha llevado a efecto, i ahora que parece haberse comprendido que los vinculos que ligan a las dos Américas son tan estrechos como los que ligan los intereses de dos estados cualesquiera sud-americanos, la probabilidad de que no sea infructuosa la tentativa que acaba de iniciarse se multiplican hasta el punto de dar seguridad para creer que va a comenzar otra época para los pueblos del nuevo mundo. La América va a dar el segundo paso en el camino que le ha trazado su destino, la Union, el sueño de sus primeros libertadores va a realizarse!

IV.

¿I cuál será el carácter de esta Union? No

puede ser otro por ahora que el de una alianza fundada en la mutua conveniencia, una alianza que prepare las bases de la Federacion i que satisfaga las necesidades del momento.

Tal es la obra del Congreso americano que se reune en Lima.

Esto no presenta dificultades, ni es un sueño dorado como llaman algunos escritores a la Federacion, es tan realizable como útil i si su conveniencia i sus magnificos resultados son evidentes ¿por qué habria de dudarse por un solo instante de su practicabilidad? Si hubieran fundados motivos para creerlo imposible, las repúblicas americanas estarian perdidas, podria desesperarse de su suerte, pero sucede lo contrario i seria preciso para desconocer esta verdad, desconocer su historia, sus antecedentes i la comunidad palpable de sus intereses. ¿Quién no ve, por otra parte, reflejarse en el porvenir su grandeza i prosperidad alentada por la portentosa savia de la libertad?

Los que duden de la practicabilidad de la Union dudan tambien del porvenir de su patria, dudan de la gloria de sus padres, porque sin ella la obra titánica del año X se desmoronaria i caeria hecha pedazos por los embates de la ola monárquica que ha inundado ya los fértiles valles de Anahuac, los bosques de Santo Domingo i que se mece traidora en las aguas del Perú. Sí; los que dudan son una rémora a su realizacion. Creed todos i vereis con qué facilidad se mueven hasta las montañas para abrir camino a los pueblos.

Creed que la América tiene destinos que cumplir, i vereis como surjen los grandes pensamientos.

Si ahora se va a realizar la Union, si se va a dictar los principios del derecho público americano, si se va a dar fuerza i resistencia a los estados débiles i engrandecimiento i gloria a los mas poderosos es porque la fé de los padres de la libertad, de los héroes de Maipo, Junin i Ayacucho no ha sido estinguida i por que los pueblos están penetrados de que la Union ha llegado a ser una necesidad.

Sin este convencimiento se habria retardado, no hai duda, el gran paso que se va a dar, i la marcha de la América a sus destinos habria sido mas lenta pero no menos cierta i grandiosa.

Vencida la primera resistencia, establecidos los principios en que debe basarse la fraternidad americana, los pueblos necesariamente irian estrechando mas i mas sus ideas e intereses i la Federacion no seria entónces ilusoria, ni aun difícil. Una vez que se ha llegado a tener plena conciencia de su utilidad, no debe perderse la esperanza de verla realizada aunque nos parezca que se aleja cuando nos acercamos a ella, como sucede con los objetos co-

locados a mucha distancia. No se olvide que ella es el único medio de fortalecer la idea democrática i de abrir ancho campo a la civilizacion que se desbordaria como un torrente por los pueblos de todo el continente. De ella a la independencia absoluta, a la integridad territorial solo hai un paso. Día feliz en que pudiera escribirse con letras de diamante esta divisa de los pueblos del norte: LA AMÉRICA PARA LOS AMERICANOS.

POESIAS.

CANTOS DE LA AUSENCIA.

I.

Si hai amor las distancias no existen,
Amor las domina:
Si tú me amas, la ausencia qué importa!
La ausencia termina.

Es la nube que el sol de venturas
Apénas eclipsa:
Copo blanco que flota en el aire,
Que empuja la brisa.

Solo eterna es la union de dos almas
Que amor unifica,
I en el árbol de eterna ventura
Las penas no anidan!

Pasarán! pasarán! La esperanza,
Constante caricia,
Es el ángel de Dios que en la ausencia
Las penas mitiga.

1862.

II.

Todo es calma i reposo: es la hora
De diáfanos sueños,
Es la hora en que surge del alma
Mas vivo el recuerdo.

Es la hora de dudas, de amores,
De oscuros misterios;
Es la hora de incógnitas voces,
De vagos anhelos.

En que libres las almas amantes,
Talvez, sin saberlo,
Se distinguen, se atraen, se juntan
Con lazos de fuego.

Se acarician, se dicen sus penas,
Sus mutuos secretos,
I se dicen «adiós!» con el alba
Que tiñe en los cielos.

Junto a tí, cuántas veces mi imájen
Verás en tus sueños;
Cuántas veces gocé en tu mirada
Del alma los besos!

O. A.

1862.

LA JUVENTUD.

Descoos de ser hombre
tuve de chico,
i ahora que estoi grande
quiero ser niño.

Niños, no vemos
los duros desengaños
que trae el tiempo.

El hombre con la infancia
pierde su dicha,
i su inocencia pierde
de día en día:

arroyo puro
que el cieno del camino
volverá túrbio.

Como viejo ropaje,
nuestra pureza,
al salir de la infancia
queda a la puerta,
i principiamos,
entónces, otra vida
de sobresaltos.

Un inmenso horizonte
se abre a los ojos,
i ellos en él se estienden
por verlo todo;
pero al fijarse
van encontrando manchas
que no había ántes.

La juventud es como
una montaña
que recrea a lo léjos
nuestras miradas:
mas ¡ail de cerca
solo vemos abismos,
rocas i breñas.

Al pasarla tememos
sus hondas simas,
rendidos, suspirando
de cruel fatiga:
i en ella, a veces,
quemada por los hielos
el alma muere.

El viento nos azota
rujiendo airado,
sin que pueda valernos
auxilio humano:
¡no tiene el jóven
fuerzas que lo defiendan
de las pasiones!

En ímpetu violento
los huracanes,
de la ilusion el árbol
sañudos, baten,
hasta dejarlo
sin hojas i sin ramas,
i hecho pedazos.

En vano nuestras lágrimas
brotan entonces,
pues, seco el árbol, mueren
las ilusiones;
i una vez muertas,

por nada se consigue
que reverdezcan.

¿Porqué desear ser hombre,
con loco instinto,
si los años mas dulces
son los del niño?

¡Ail! es que vemos
esa edad, cuando infantes,
muí a lo léjos!

LUIS BLANCO.

Abril de 1864.

EL AUTOR I EL CAJISTA.

I.

¡Que uno haya de meterse a publicista,
A escribir prosa i verso,
I a hacerse responsable ¡Dios me asista!
De cuanto diga el crítico perverso,
El novedoso i hablador cronista,
I a mas de las mentiras del cajista!
Es la suerte mas ruin del universo:
Es la mas ruin de cuantas tengo en lista!

II.

Oh, cajista! ¡que chasco
No sufrirá quien crea que tu no eres
El ser mas embustero de los seres!
El que tal no te crea, ese *hará fiasco*,
Se arrepentirá de su confianza,
Si acaso, incauto, intenta
Ponerla allí en los burros de una imprenta:
Que dejes de mentir no hai esperanza.

III.

Sil no me acordaré yo de aquel día
(Maldito cuarto de hora!) en que, tentado
Por el diablo, dí a luz, enamorado,
Una cancion, que a Laura dirijia?
Al principio recuerdo que decía:
«Cuando de vuestra frente»
«Los rizos bajan a la blanca nieve»
«Del cuello airoso etcétera etcétera.»
Mas el cajista en vez de esta manera,
Cambiando letras, puso:
De vuestra frente el ruso
Baja a la blanca nieve... (Badulaquel
I que no haya algun jefe que lo atraque
I venga al escritor, al literato,
Cual conviene a tamaño desacato!)

IV.

Mas adelante alabo sus «cabellos»
Pero el me hace alabarle sus *caballos*;
I poniendo dislates a destajo,
Me hace decir (un poco mas abajo)
Que me enamoran sus *rizados callos*;
Que sus *grasas* me tienen derretido,
I que suspiro por su *dulce lodo*.

I allí donde la invoco i digo: «Oh, Dios!»
Me hace llamarla: *odiosa!*

Pero esto no fué todo,

Porque en vez de concluirlo de este modo:

«Ya que no puedo daros»

«Ni palacios ni flores.»

«Cautares os daré, llenos de amores,»

El bribón tuvo el arte

De concluir mi canción... *no puedo fiarte*

Ni palacios ni flores:

Cántaros os daré, llenos de amores.

(¡Alma de cántaro, él i su proheniel)

V.

Queriendo congraciarme con Apolo,

Llaméme un día «amigo de las Musas,»

Pero el cajista, en su infernal trasunto,

De las *mozas* amigo, me hizo al punto.

«Habrá paciencia para tanto dolor?»

Solo al cajista solo

Se le ocurre poner: *los desatinos,*

Al armar: «de la Patria los destinos,»

Para él la «patria es plata, muchas veces;

«Juventud,» *jumentud;* i el mui villano

Capaz es de cambiar, bajo su mano,

En pecado a los *apeces,*»

I a Júpiter Tonante

Hacerlo Dios *tunante....*

(Jovel Deten los rayos de tus iras!

Perdona, son mentiras,»

VI.

I si un autor de comercial noticia,

Escribe, sin malicia:

«Son mui malas las ventas: no hai contratas,»

Pone el cajista con su mano impía

Son mui malas la beatas ...

I esto se llama *armar?* ¡Ave María!

Esto es *armar escándalos,* por cierto....

El cajista cuando hace un desacierto,

I a un pobre autor en la picota pone,

No *compone* sino que *descompone.*

VII.

Si yo de alabar trato a mi intendente,

I en cinco letras le apellido «sabio,»

I en ocho mas le digo que es «prudente,»

Sin creer que me hace agravio,

El pone que es un *zafio e imprudente.*

I, descaradamente,

Hace mentir a mi inocente labio.

Allí donde «Héroes» llamo

A mi protagonista,

Lo llama *Heródes* el bribón cajista.

En valde, en valde clamó;

En valde es que me queje,

I corrija el distlate:

No hace mas que agrandar el disparate,

Pues mi «Héroe» pasa al fin a ser *Hereje.*

I con tal desatino,

Pierdo hasta la esperanza

Del lucroso destino.

Que me iba a procurar con mi alabanza.

VIII.

Oh, jóven empresario

Del ameno «Correo Literario!»

Oh tu jóven amante

De la literatura,

Aleja de los burros al tunante,

I bas que en caricatura

No tornen un escrito los profanos.

Bueno es que para monos vengan manos

De caricaturistas;

Pero has que no lo sean los cajistas.

A MI MADRE.

EL SIETE DE OCTUBRE, EN EL CEMENTERIO.

I.

Dicen que en nuestra corta, amarga vida

El amor de una madre es un tesoro

Que ni jamas se olvida,

Ni se compra con perlas ni con oro.

Dicen que en la monótona existencia

Es como bella flor entre zarzales,

Flor cuya suave esencia

Mitiga en la desgracia nuestros males.

¡Ai, infeliz de aquel que, apénas vino

Al mundo, para siempre flor tan grata

Le quita el torbellino

I, en sus jiros revueltos, la arrebató!

¡Desgraciado de aquel que su perfume

Jamas aspirar pudo ni un momento,

Que llora i se consume,

Sin que lo alivie un amoroso acento!...

II.

En el aniversario de tu muerte

Vengo, madre, a llorar sobre tu losa

Mi desdichada suerte,

Que tus caricias arrancóme, odiosa.

Cien veces en los libros he leído

Lo que vale una madre, i de mis ojos

Lágrimas han corrido

Al pensar en tus míseros despojos.

Que al velado sepulcro descendistes

Antes que conocerte yo pudiera;

I nunca ¡ai de mi triste!

Me fué dado saber lo que perdiera.

No me senté jamas en tus rodillas,

Ni nunca me miré en tus ojos bellos;

No besé tus mejillas,

Ni jugué con tus nítidos cabellos.

Jamas al adormirme, cuando al niño

A adorar a su Dios la madre enseña

Con celestial cariño,

El rezo me enseñó tu voz risueña.

I así pasé los días de mi infancia

Entre horas de dolor o ya de risa,

Triste flor sin fragancia,

Siempre mecida por distinta brisa:

Sin ser feliz en mis primeros años,

Ni tampoco llorar: que aun al presente

Amargos desengaños
No han impreso sus buellas en mi frente.

Pero comienza a descorrerse el velo
Que entre el mundo i mis ojos se estendia:
Principia el desconsuelo
La paz a conturbar el alma mia.

Si en el mundo estuvieras a mi lado,
No temiese caer, pues tú mi planta,
Con maternal cuidado,
Dirijieras sin duda a la via santa.

Pero mañana, al contemplar caída
La de mis ojos preciosa venda,
¿Quién, oh madre querida,
Me apartará de la engañada senda?

¡Nadie en el mundo! solo tú del ciclo,
Velando sin cesar sobre mis pasos,
O arrancándome al suelo,
Donde mi corazón quede en pedazos.

¡Desventurado yo, a quien la suerte
Prohibió que a mi madre conociera,
En alas de la muerte,
Llevándola de aquí a mas alta esfera!

Descansa, madre, en paz; i ante tu losa
Vémealzando al Señor, puesto de hijos,
Plegaria fervorosa,
¡Mientras llanto de amor vierten los ojos!

PEDRO LIRA.

Octubre de 1864.

AMORES POR CARTAS.

Entre los diversos afectos i pasiones que se enseñorean del corazón humano, ninguno hai que tan honda i tenazmente le combata como el amor. Verdad tambien que son tantas las diversas clases de amores: el amor al oro, que es el que domina en el siglo; el amor al vino, que siempre ha tenido esclavos; el amor al ocio, que cuenta cada dia con mayor número de prosélitos en nuestra desidiosa capital; el amor al juego, de que Dios nos libre; i que sé yo cuántos otros que no recuerdo ni quiero apuntar.

Por ahora, sin embargo, no voi a tratar de amor en ninguno de esos sentidos, sino en el que se toma vulgarmente esta palabra; i no así como se quiera, mas solo del amor por cartas.

Tiempo ha que tenia yo en la cabeza el pensamiento de este trabajo que, a pesar de ello, no habia puesto en obra, por no ocurrirme manera alguna de desarrollar mi idea. Pero hoy ¡bendita sea mi suerte! ha querido el cielo mandar en mi socorro una carta de mi amigo Diego R. que me dirige desde Valparaíso, la que me libra de pensar mas en la resolucion de mi problema.

¡Bien dicen los que aseguran que en Chile no hai mas que pedir! Parece que todo se nos viene a las manos como por via de encanto: quiebras, revoluciones, amagos de conquista; todo, todo.

La carta de mi amigo es como sigue:

Valparaíso, julio 15 de 1864.

Mi querido amigo:

Nada de nuevo e interesante podria escribirte en la

presente, fuera de lo que te digo en mi anterior del once, sino hubiera sabido ayer una historia bastante entretenida i que tú no debes saber, aunque ha pasado en Santiago.

Vamos al caso. Federico, aquel sobrino mio que te señalé la vez pasada, se ha enamorado mucho últimamente de Carmen B.: i como ella es aun muy jovencita, por lo que no hai mozos que visiten en su casa, ni ha encontrado Federico ningún modo de hacérselo presentar; tuvo, confiado nada mas que en unas miradas de la chieca, la infeliz ocurrencia de escribirle una carta que le hizo entregar por medio de la sirvienta que la lleva al colejio, la cual carta le costó la miserable cantidad de diez i ocho borradores, e igual número de horas del mas constante trabajo. Hé aquí, palabra por palabra, su precioso contenido:

«Adorada Carmela:

Muy embarazado me veo al dar este paso a que me obligan las circunstancias: él es acaso una imprudencia, pero ¿cómo resistir a los deseos de hablarla que siento?

«Bien pocos dias hace que la conozco, i sin embargo, Ud. posee ya enteramente todo mi corazón, que cifra en el suyo sus mas queridas esperanzas. Mi imaginacion solo de Ud. se ocupa, i mi pensamiento ya no es mio, sino suyo.

«Contésteme si debo, o no, esperar; si debo o no, alimentar mis ilusiones. Si Ud. me hace el favor de contestarme por escrito, se lo agradeceré en el alma, como qué su carta seria en este caso, para mí, la prenda mas amada a que por ahora pudiese aspirar.

«No desoiga mis palabras, nacidas de un verdadero amor; i tenga suficiente bondad para no destrozor de una vez las esperanzas de su rendido amante.

«FEDERICO C. . . .»

Mi sobrino no es lerdo. La carta, como ves, no está tan mala para ser solo la décima octava edicion; i sin duda que a la «adorada Carmela» tambien debió parecerle así, pues a la tarde siguiente del dia en que la fué entregada, mi querido sobrino recibió la contestacion que sigue:

«Amado F.»

«¿A qué me ha expuesto escribiéndome? Si Ud. supiera lo que mi mamá me vijida, no habria hecho esto, porque la menor infidelidad o descuido de la sirvienta habria bastado para poner en alarma a toda la casa; i quiero prevenirle que no tengo mucha confianza en aquella, a fin de que Ud. no se confie tampoco demasiado.

«Muchísimas veces le he oido a mi papá que es necesario no creerles a los hombres, pero yo confio en que Ud. no ha de querer engañarme, pues no me es posible imaginarme que sea su alma tan mezquina. Por el encabezamiento de la presente, conocerá si debe seguir alimentando sus esperanzas. No puede Ud. figurarse lo que me ha costado escribir esa primera palabra: me parece que, con acordarme de ella, me voi a morir de vergüenza la primera vez que lo vea.

«Adios. Su afirma.

«CARMELA B. . . .»

Esta carta debió ser igualmente alguna décima octava o vijésima edicion, por que he sabido que Carmela queria de buena fé a Federico, quien ha resultado ser su primer amante; lo que no deja de ser una cosa rara, pues ella va a cumplir quince años, i con tal edad i una carita como la que Dios le ha dado, pocas son las muchachas que no hayan hecho ya la mitad del camino en la hermosa carrera de la coquetería.

Nada te hablaré del gusto de mi sobrino, al leer la carta de su amada. El único razgo que acaso pudiera

darle alguna, aunque remota idea, de su gran contento, es el haber faltado al colejo durante una semana entera; lo que es mucho decir en él que, hasta en estos malhadados días de invierno, no ha querido faltar a la matutina cuanto helada i fastidiosa clase de Código. ¡Triste resultado de tan prematuros amores! Cuan profunda lección filosófica encierran esos amorosos *calduchos!*

A los dos días volvió Federico a dar a la sirvienta otro papel para Carmela. Esta segunda carta, resultado de tres largas veladas, estaba concebida en los términos siguientes:

«Mi adorada Carmela:

Imposible me sería pintarle el inmenso placer que experimenté a la lectura de su anterior. Sobre ser ella la primera prenda de Ud. que poseo, ha venido a traerme la noticia que mas deseaba i que tanto favorece mis esperanzas.

«Solo siento que desconfío Ud. de mí, i que pueda siquiera imaginarse que la engaño. ¡Quiera Dios que esta desconfianza no nazca de que Ud. no me haya contestado con la sinceridad que yo deseaba! ¡Ah! No quiero pensarlo ni por un instante. En un exterior tan bello no puede haber un corazón que tambien no lo sea.

«Las esperanzas que Ud. me da me prestan ánimos; así, pues, si desconfía de su sirvienta ¿por qué no me concede una cita? Sé que es mucho pedir; pero de este modo no correría el peligro de ser sorprendida por su mamá, en caso de que se le extraviara alguna de mis cartas. ¡Ademas; es tan poco esto de escribirse, sin poder cruzar ni una palabra con la persona a quien se ama!

«Espero este segundo favor; confío en que, para completar el primero, me ha de conceder tambien ahora lo que le pido.

«Reciba el corazón de su fiel amante

«FEDERICO C. . . . »

No tendrás que decir, amigo mio, que mi sobrino se queda atras: como ves, no le gusta mucho andar por las ramas. ¡Lo que es la diversidad de caracteres! ¡A los de la argolla que, de no andarse por las ramas!, no andan por ninguna parte.

Tampoco podrás negarme lo fuerte de su lójica; tienen siempre los amantes un modo de raciocinar tan convincente! Mas que claro es que no habia la madre de Carmela de sorprenderla por el extravío de alguna carta, desde que no las hubiera; i en cuanto a descubrirlos en alguna entrevista, sería sin duda tan difícil, i ademas ¿qué importaría ello, no siendo las cartas el motivo de la sorpresa?

Luego que la segunda carta de Federico llegó a poder de su amada, se puso ésta a contestarla; i al irse al otro día al colejo, encargó a la sirvienta dar a mi sobrino la respuesta.

«Amado F. . . . ,—le decia:—

Casi imposible me es concederle por ahora lo que me pide, pues la constante vigilancia de mi mamá solo me deja apenas algunos cortos ratos, de suerte que aun las pocas líneas que le escribo me cuesta un mundo sustraerlas a su vista.

«Haré, sin embargo, cuanto esté en mi mano por aguardarlo a las ocho i cuarto de esta noche, en la ventana de casa que hai a la derecha de la puerta de calle entrando.

«Esto le probará mejor que nada que no debe tener la menor desconfianza de mí, ya que, segun veo en la que me acaba de dirigir, ha tenido al ménos el pensamiento de dudar.

«Hasta ahora. Su afíma.

«CARMELA B. . . . »

Segun parece, la buena figura de mi pariente habia hecho su impresion en el corazón de la chica, que, como tambien se ve, no se hacia mucho de rogar.

Legamos por fin al desenlace de mi historia.

Mientras Carmela daba su leccion en el colejo, i mientras, loco de amor, leia Federico la contestacion a su anterior; la señora madre de la muchacha, que se habia fijado en las pasadas de él por su casa, i en la conducta, un poco mas retirada, que principiaba a observar su hija, se metia en el cuarto de ésta i se hallaba con ocho pedazos de papel en que Carmela habia roto el noveno borrador de su última a mi querido sobrino.

Tuvo la buena señora la antiojable paciencia de juntar los ocho consabidos pedazos, luego la de descifrarlos, i en seguida la de llevarlos i leerlos a su señor marido; de acuerdo con el cual se despidió a la sirvienta cartera, que descubrieron haber tenido tambien su parte en la jugada, i que les confesó todo lo que habia por sí de este modo, conseguia quedarse en la casa.

Inútil me parece, despues de esto, contarle que a las ocho i cuarto de la noche de ese día, mi infeliz sobrino en lugar de asistir a la cita de Carmela, solo asistió a la paliza que sobre sus propias espaldas le descargaron el padre de la chica i un sirviente de la casa.

El resultado fué que la muchacha estuvo muchos días encerrada, sin salir a ninguna parte, i que Federico no se ha atrevido a volver a ponerse a su vista; lo que, como se lo digo yo, no deja de ser una grandísima consecuencia, desde que la paliza que sufrió por ella es, sin disputa, un derecho mas que le asiste ahora para pretender su amor.

Mas de lo que pensaba se ha prolongado mi presente con la narracion del caso de mi sobrino, pero creo que no te habrá fastidiado su lectura, gracias a la belleza del asunto.

Memorias a los amigos. Hasta la vista.

Tuyo.

Diego R. . . .

Nada tengo que añadir a la carta que acabo de copiar. Ella es por sí sola todo un artículo de costumbres que, como dije al principio, me liberta de ocuparme ya del que habia pensado escribir sobre los «amores por cartas.» Merced al deplorable ejemplo del señor Federico i a la comunicacion de mi amigo, buen cuidado tendré en adelante de no tomar cartas en amores, i mucho mas de abstenerme absolutamente de «amores por cartas.»

F. R.

Julio de 1864.

ANÁLIS DE BOLIVIA.

EL TEMPLA I LA ZAFRA.

LEYENDA JUDICIAL.

(Continuacion.)

VII.

El mal incurable de la mujer es la debilidad: solo es fuerte para vencer los obstáculos que se oponen al objeto a que su flaqueza la inclina.

—Saavedra permaneció tres meses en el pequeño pueblo de Lambate, empleando todos sus esfuerzos para seducir a aquella mujer.

El jóven A. apuró de su parte los recursos para enlazarse prontamente con Beatriz.

El padre, que principió a sentir en ella el desarrollo

de un pronunciado afecto por Saavedra, la rogaba noche i día para que contrajese matrimonio con A.

Yo no sé qué, decía mas tarde una hermana suya en su declaración judicial; yo no sé qué oprimía mi corazón, cuando consentía en que mi hermana Beatriz se uniera a Saavedra alguna vez, por tarde que fuera...

El viejo se arrodillaba a los pies de su hija para que ahuyentara ese amor, que presentía ser su fatalidad.

Los hermanos derramaban lágrimas inútiles.

Beatriz era ya amante.

Desgraciado habría sido quién tomase alguna medida violenta contra el joven Saavedra, que, por otra parte, representaba un papel de leal amistad i circunspección. Bastante agradable en el trato familiar, o hecho afable por la correspondencia de la joven, no manifestaba sus arranques característicos, sino cuando el licor alcohólico inflamaba el combustible de sus celos. Entonces la cabeza de A. bajo sus manos, era la de Damocles bajo la espada.

—Puede Ud., señorita, dijo un día a Beatriz delante de su padre, elegir entre A. i yo!

El padre la obligó a que se decidiera.

Beatriz miró apasionadamente a Saavedra; miró después la cara rugosa i melancólica de su padre, i prorumpió;—

—Papá... será... lo que Ud. diga.

—Está resuelto! concluyó el Temple, con aire de conformidad finjida.

—Ah! mi papá!... siguió Beatriz—bajando los ojos, i el rostro encendido.

El padre hizo rodar por sus mejillas secas i llenas de tierra mineral, dos gruesas lágrimas, como dos gotas de rocío corren por el tronco de un añoso olivo, i estrechó entre sus brazos a su obediencia hija.

El silencio que sucedió, fué ocupado por el murmullo del arroyo que cruzaba la inmediata huerta.

—Pues bien, interrumpió el Temple. ¡Adios! me voy a la Paz! a esa hermosa Paz, donde hai mas hermosas, que hojas en este bosque! a esa Paz tan llena de jente, de templos, de teatros, bailes! Eh! tonto el que muere en esta selva tan sombría i solitaria.—Adios!

I se fué despidiéndose muy cortemente.

Al despedirse, fuera de la puerta de la habitación, Beatriz dijo secretamente al Temple:

—Al pie del naranjo....

VIII.

Saavedra esperó impaciente al pie del naranjo, i oculto entre el ramaje. Pasaron las horas: la noche avanzó. Saavedra siempre de pie, como un centinela.

Eran las doce de la noche.

El padre i las hermanas de Beatriz dormían tranquilamente. Ella abrió una pequeña traspuerta que daba a una huertecilla de chirimoyos; de allí salto un bajo cerco.

—Mannell gritó.... Ah! me equivoqué con aquel árbol! Dios mío estoy loca! Manuel! volvió a gritar.

—Beatriz! mi Beatriz! respondió en voz baja i temblorosa; aptada por la fiebre de la pasión i del placer.

—Con que.... dijo el joven balbuciente se vá Ud. a la Paz! a la Paz!

—Sí, a la Paz! pero con Ud.

—Ah! conmigo!...

—Ya no se casa Ud. con A.?

—Ya nó!

—Ah! de Ud. si lo hace! aquí, en su casa, en el templo, en cualquiera parte, habría abierto una tumba para los dos! Pues bien: no nos resta mas que huir.

—Huir!

—Sí! dijo el Temple victorioso; i asiéndola fuertemente de la mano derecha, la llevó casi arrastrada por

la pendiente de la huerta; llegaron a lo bajo de una quebrada.

La joven estaba convulsa: iba a desfallecer. El Temple la tomó en sus brazos, la sostuvo en el hombro izquierdo, después de acomodar un gran pañal en el suelo, i lleno de sudor subió la empinada cuesta, pisando las ramas secas, rosando los árboles, i haciendo un sordo ruido, como el que ocasiona la pantera que huye del lejano cazador.

Cuando la aurora brillaba sobre las cumbres donde erece el laurel, la quebrada repetía estas voces dolorosas.—¡Beatriz! ¡Beatriz!

Eran las voces de un padre que reclamaba a su hija de los abismos del infortunio.

IX.

Dejemos al viejo José María Zafra sumergido en hondo desconsuelo, a las hermanas sin recursos para emprender un viaje, al joven A. absorto i desesperado.

Bien comprenden este cuadro de dolor el padre que e ha visto a su hija tierna caer de sus brazos a los de un raptor infame i villano, i el amante que funda el amor en el honor; i que amor i honor vé exalarse como la vida al soplo de la muerte. Es entonces cuando en el murmullo del arrollo no se escuchan sino sollozos, suspiros en el roce del ambiente con las hojas de los árboles, gritos de furor en el silvido del buracan: entonces las flores aparecen marchitas, el bosque sin encanto, sin vida la naturaleza, sin aliciente la existencia, i la tumba como el porvenir mas seguro.

X.

Una noche en la Paz, cuando la familia del ebanista Saavedra, se levantaba del rededor de una pequeña i baja mesita, donde acababan de cenar, fué sorprendida por la entrada inesperada de Manuel, quien, después de abrazar al padre i a las hermanas, i respondiendo a las interrogaciones que estos le hacían, dijo:

—Esta noche contaré a ustedes mis aventuras i trabajos. Entre tanto, Ud. señor,—continuó, postrándose de rodillas a los pies de su padre,—Ud. me perdonará....

—Al fin eres mi hijo, interrumpió el tierno padre, comprimidas las lágrimas por el gozo.

—Ud. me perdonará.... en fin.... conozco mi delito: pero seré ya feliz, porque... oh! aquella pobre!

El padre frunció el entrecejo, i las hermanas se miraron con prontitud, sonriéndose.

—Aquella pobre!—prosiguió—tan niña! es digna de ser hija de Ud....

—¿Quién? preguntaron todos a una voz.

Salió el Temple de la habitación; i tomando del brazo a Beatriz, que estaba en una esquina, continuó diciendo:

—¡Estal!... es Beatriz Zafra, hija de don José María, nuestro amigo—ella es mi esposa!....

Después de unos momentos de consiguientes esplicaciones, en que el Temple hizo comprender que había casado por sorpresa en la parroquia de Lambate, i que venía huyendo del furor de los Zafras, Beatriz fué aceptada como un nuevo miembro de la familia.

XI.

Beatriz tenía diez i seis años: de configuración muy débil: delgada, blanca, de cara obalada, ojos vivos, pestañas revueltas, frente convexa, negra i abundante carbollera: su mirada humilde i modesta, revelaba toda su alma. Los pies blancos estaban descalzos i desollados, su tez tostada por el sol i el viento, su traje de quimon color celeste, estaba a jirones, i una mantilla de merino carmesí, cubría el marchitado seno.

Tantos sacrificios no siempre suelen ser intencionales. La mujer débil se deja arrastrar por la corriente de

la suerte, i sus infortunios son como los golpes que sufre el insensible madero que ha caído en una catarata.

Beatriz principió pues su carrera de desgracias; i sin embargo, dejábase llevar por el torrente, sin fuerzas ni deseo para sacar el pié del abismo.

Son de esta naturaleza todas esas desgraciadas que, como las Gricetas que describe Victor Hugo en su novela «Los Miserables» se lanzan con los ojos cerrados al peligroso mar de la vida.

Si nuestro propósito fuera escribir moralejas, i hacer una digresioncilla a guisa de los escritores del siglo XVII, aun con la conciencia de no conseguir gran cosa, diríamos a las hijas de familia--¡infelices las que por el amor de un hombre renuncian el amor filial! La fatalidad ciega parece que contestara a esta máxima jeneral con esta otra dolorosa exclamacion--¡infeliz de la que nace bella i pobre!

XII.

Sin embargo de que se cubrió el embuste del hijo de Saavedra, una punible i demasiado comun condescendencia entre esta clase de la sociedad, hizo que la jóvencita continuara en la misma casa.

Su amante suavizó sus costumbres con el amor de aquella mujer.

Durante dos años vivieron unidos.

Saavedra, mui hábil artesano, hacia dijes de las finas maderas que el padre de Zafra remitía de los bosques de Yungas: Guardaba a su amada como un minotauro. I sin embargo, ella principiaba a sufrir el rigor de los celos de aquel hombre, i las displicencias de las hermanas de este.

XIII.

Era una orfija. Un jóven no desprendía la mirada de Beatriz durante la mesa; i pasada ella, no dejaba de bailar con la misma.

Saavedra se paseaba triste i taciturno, las cejas le movían incesantemente: amarillez plomiza cubrió su rostro, i a veces le retemblaba el labio superior, frunciéndosele un lado, como el lobo que se enfurece.

Aquel jóven, aprovechando de una salida que hizo el amante de Beatriz, selló en su frente un beso. Rápido salió aquel, que espiaba en la traspuerta por una rendija, i tomando del brazo a su amada la condujo a la calle, mudo hasta cierto lugar.

Después, asiéndola de los cabellos la arrastró por el ancho puente de san Juan de Dios, que es el que mas elevado se levanta sobre el Chuquiapu que cruza la ciudad.

—Que intentas? exclamó temblando de terror la desgraciada mujer.

—Muchas veces me has hecho sufrir con tu debilidad.

Rameral es preciso que mueras yá!...

—Perdon!

—Dios te perdone: yo no!... contestó nuestro Oteló, i con sus robustos brazos la suspendió de la cintura para precipitarla al rio, que caudaloso corria haciendo temblar los malecones de granito. La jóvencita en su delirio pudo asirse con ambas manos de la corbata de seda de su sacrificador: i en el esfuerzo que este hizo, resbaló de un pié, i cayó de espalda. La niña lanzó un grito.

¡Salvarla! dijeron unas voces.

Los *contunantes* del Templo la alzaron, i Beatriz, casi exánime fué conducida a casa del viejo Saavedra.

El hijo de este, desapareció de entre los suyos; i un escándalo formado en la puerta de calle de una casa, donde se recogía el momentáneo rival, hizo saber después que el Templo habia intentado matarle.

XIV.

Cien anécdotas semejantes se referia en los talleres.

Después de un largo sufrimiento, fué abandonada.

Del concubinato el tránsito mas natural es al abandono, del abandono a la prostitucion. El concubinato es el prólogo de la prostitucion.

Pero Beatriz pudo asilarse en casa de la señora E., una de las mas notables en la Paz por sus recuerdos históricos i categoria. Allí salvó: renació su juventud en el abandono mismo. Hai olvidos que hacen felices.

XV.

El 12 de marzo de 1819 el pueblo de la Paz estaba en una de estas crisis revolucionarias que asombran, en esta mas que en otra ciudad.

Dos nombres llenaban los aires, en medio de las descargas de fusilería i gritos tumultuosos. Fué la primera vez en que se habia levantado poderoso el elemento oclorático contra el poder militar, aquel gritaba ¡viva *Belzu!* i este ¡viva *Ballivian!* La ciudad cercada por mas de veinte mil indios, cuyos alaridos salvajes mezclados con el ronco i lúgubre sonido de la corneta de asta (*pututu*) causaba terror, era un campo de batalla.

De una esquina de la plaza de armas hacia fuego nutrido una compañía del batallon carabineros, i en la inmediata hácia abajo de la Aduana, atacaba la *cholada*, con ese valor extraordinario con que acostumbraba pelear.

El Templo acaudillaba una partida de jente, i fusil en mano, a la cabeza de una multitud de hombres sin mas armas que piedras, hacia proezas.

La multitud, como la oleada de un mar en borrasca, hizo un movimiento de retroceso: quedó el último Saavedra; se veía solo en medio de las balas, i una voz salvadora le arrancó del peligro.

Aquél aquil dijo gritando de la rendija de una puerta de calle.

—Donde!

—Aquí! continuó, Beatriz.

La partida de soldados bajó la pendiente calle. Saavedra empujó la puerta, penetró a la casa i volvió a cerrarla con rapidéz.

No habia temor: estaba en casa de uno de los corifeos del partido Belcista, el señor E....

¡Vive Dios! dijo el hombre; Beatriz, mi querida Beatriz: eres el ángel de mi guarda: me has salvado. Déjame respirar un momento en tus brazos, i a fé mia, que he de proseguir el combate hasta que... sí... tú levantarás mi cadáver.

Sonó un beso estrepitoso.

XVI.

Reanudóse el lazo entre el sacrificador i la víctima, Beatriz sabe cuan duradero es ese lazo!

XVII.

Era el 14 de enero de 1850.

Apénas brilló el sol, cuando en la augusta casa de Dios, en el templo, silencioso i con los ojos fijos al crucifijo, oraban varios individuos, para que un rayo de luz cayera sobre dos cabezas, sobre dos corazones que en adelante no iban a ser mas que uno.

Se pronunciaron, por fin, por el sacerdote de Dios aquellas sublimes palabras que la sabiduría de la iglesia ha escrito en el ritual, para esplicar la institucion sagrada del matrimonio.

El Templo, en el sacrificio de la misa, elevó preces al santísimo, por la felicidad de ellos.

XVIII.

Dispuesta la bacanal en festejo del matrimonio en casa del padrino, el padre i hermanos de Beatriz, abrazaron llorando a Saavedra.

—¡Ah! decía el primero, haced la felicidad de mi hija.

—Serémos ambos felices! replicaba con júbilo el desposado.

—Sí, exclamaron todos: serán felices! se han amado largo tiempo!

XIX.

Separados en un dormitorio, mientras los concurrentes festejaban alegremente el matrimonio de dos amantes jóvenes, los esposos nuevos cambiaban estas palabras.

—Mi Beatriz querida, dijo Saavedra, profundamente conmovido, tengo en el alma un sentimiento cruel que me mata.

—¿Sentimiento contra mí?

—Sí...sí...repitió sacudiendo la cabeza, digno de un cadalso —Sí... sí... durante nuestra separación, tú...¡oh fatalidad! te has prostituido...

—Prostituirme! Dios santo! Nunca dejé de confesarme!

—Mientes! conozco tu corazón, tu debilidad, tu conducta...

—Pongo por testigo de ella al cielo....

—Mientes! mientes!....

—¡Al mas hubiera valido que antes del matrimonio...

—Antes? no!...no!... ¿Podrás negar que ayer ibas a fugar a Corocoro con un hombre?

—No! me propuso mi hermana huir allí para evitar este enlace, que lo cree fatal.

—Huir! huir! ¿con quien? dilo....

—Con ella, respondió la joven con los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Con ella! repitió irónicamente el mancebo. —¡Con ella sola! ¡maldita ideal quizá en este momento piensas en otro... quizá tengo proyectas en tu mente huir, adúltera... quizá tengo que balagar lo que no es mío!... quizá estoy perdido... Eh! confiesa... Oh maldición!

El Furor del Templo crecía como el ruido de la tempestad. Su voz estentórea se dejó de oír.

Salieron a la sala. Estaban ya en orjía.

Todos observaron el ceño adusto del novio, la honda pena de su esposa.

XX.

Tocó el reloj de la plaza las ocho de la noche.

A espaldas del convento de los Mercedarios, en calle solitaria i oscura, dos mujeres con faroles en las manos, mustias e inmóviles como las estatuas que adornan un panteón, alumbraban un cadáver arrojado en el lodoso suelo de aquella acera.

(Continuará.)

ARABESCOS

Pocas, muy pocas figuras podrán ofrecerse mas difíciles de retratar, que la que presenta la personalidad de don Miguel Maria Güemes. Voz, jesto, situaciones, costumbres, carácter, todo es en él especial, puede decirse *sui generis*.

Su vida pública lo ha visto aparecer mas en las cátedras de enseñanza, que en los bancos del Congreso. De ahí vienen talvez ciertos defectos leves, pero que se han hecho inherentes a él i casi forman ya una parte de su organización.

Güemes es uno, talvez el mas decidido de los partidarios i defensores del peluconismo rancio, del peluconismo de mitra. Para él las bases del gobierno i de la sociedad descansan en el clero. Estas han sido siempre sus ideas i estas fueron las que llevó al gabinete del ejecutivo cuando se le encargo el Ministerio de Justicia, Culto, e Instrucción Pública. En esta situación es en donde mas bien ha dado a conocer las tendencias retrógradas de su carácter i de sus opiniones políticas. No hai duda que Güemes hubiera sido un ministro sin segundo allá por los tiempos de los Reyes Católicos; pero en la época presente, en que el siglo no encuentra rémora suficiente a la marcha rápida de su progreso, hombres como él se ven obligados a separarse del camino para no verse envueltos i aturdidos por la corriente poderosa de las ideas. Si Güemes, en un vaiten de la política, no hubiese cambiado de puesto, es seguro que habria sido vencido en la lucha que parecia dispuesto a sostener.

Como Ministro, durante el largo tiempo que lo ha sido, nada ha revelado en él al hombre pensador que se preocupa de los destinos de la patria, que trabaja por su progreso, que estudia i que se esfuerza por llegar a cierto grado de luz i de bienestar que es la aspiración de los verdaderos hombres públicos. Léjos de eso, su voz cuando ha sonado en los consejos de gabinete ha sido para indicar medidas de estabilidad i mantener a todo trance al gobierno en su parapeto de conservación.

En una palabra, su historia política, su vida como ministro, podria perfectamente leerse en una hoja en blanco.

Como orador, su personalidad cambia de aspecto, aunque siempre en el fondo es el mismo.

Su figura apocada, su vista siempre baja, su voz áspera i desagradable, i su manera de decir, no predisponen en su favor al auditorio. Cuando habla está en un continuo movimiento de hombros i de cabeza, efecto de una excitación nerviosa inherente a su naturaleza. Sus discursos siempre son cortos, claros, concisos i lójicos. Es pronto i agudo en la réplica, conoce luego el punto débil de su adversario i lo ataca, lo persigue i lo desarma. Pocas veces ataca de frente; le gusta mas flanquear al enemigo i dispararle un solo tiro que casi siempre es un epigrama.

Pocas veces tambien se sale de la cuestión, aunque no siempre alcanza a abarcarla en todas sus faces. En todo caso su palabra es constante i lleva siempre un tono de autoridad como creyendo que no se le puede contestar, costumbre que ha adquirido durante los años en que ha sido profesor; de manera que en la Cámara cree todavia estar enseñando un testo.

Cuando se le replica se exapera; sus movi-

mientos son mas pronunciados i mas frecuentes, su voz alza un poco el tono, pero jamas asoma a su espresion ni a su palabra el calor que da la conviccion ni el entusiasmo que inspira una causa justa.

Jamas se desconcierta ni tampoco se da por vencido. Cuando se le ha sorprendido en un error de comprension o en una falsa teoria, permanece impassible, sin inmutarse en lo menor i parece no hacer caso del golpe que se le ha dirigido.

Desgraciadamente sus ideas políticas, su exajerado peluconismo, lo hacen tomar siempre las cuestiones bajo cierto punto de vista del cual no quiere salir aunque sus adversarios lo empujen mas allá con argumentos irresistibles. Sin esto Güemes seria fuerte en la palabra, porque su concision, su lójica clara i terminante, sus frases severas i desnudas de adornos i flores de retórica, i sobre todo el tono de autoridad de sus conclusiones, son armas capaces de desarmar a cualquier adversario que no sea bastante fuerte i que no conozca como él el terreno de la discusion.

A veces apela al chiste, para el que suele tener alguna gracia, pero siempre con una seriedad imperturbable i suele con esto atraerse alguna simpatía del auditorio.

No faltan quienes crean a Güemes liberal de corazon; porque ha habido ocasiones en que sus discursos han sido redondeados con ribetes de liberalismo. En las discusiones orijinadas por la cuestion del patronato i en otras algo semejantes, ha tratado de manifestar ideas bastante avanzadas. Pero el observador que estudia i penetra al orador no ha podido engañarse i solo ha visto en ellas una sofisteria perfectamente calculada: decimos esto para advertir que Güemes es mui fuerte tambien en el sofisma.

Güemes, jeneralmente, no necesita campo ni espacio para estenderse; no es de esos oradores que vuelan i se ciernen sobre sus adversarios para deslumbrarlos i confundirlos desde la altura; no; él necesita solamente un rincon, una senda, por angosta que sea, para introducirse por ella i llegar a su fin. Busca el camino mas corto i marcha siempre por la tanjente.

En resúmen: Güemes es un orador temible, porque presenta siempre blancos mui pequeños a los tiros del adversario; su estraña argumentacion necesita una memoria i una fijeza de primera fuerza para seguirla i refutarla.

Si el retrato está algo desordenado, si no sigue un desenvolvimiento uniforme, es porque la figura que tenemos delante no presenta ninguno de esos tonos luminosos que resaltan i sirven para formar la base del bosquejo. La hemos ido tomando en las distintas faces que nos ha ido ofreciendo en su propia movilidad.

A.

OCURRENCIAS DE LA SEMANA.

Afortunadamente para mí, no ha faltado alguna que otra novedad en la pasada semana: de suerte que, al encabezar esta revista he pensado con un placer grandísimo que, sin faltar a la verdad, podia escribir las palabras que pongo al frente de ella. Terrible día aquel en que tenga que poner, en esta clase de trabajos, las crueles palabras: «Un poco de nada» como único preciso i verdadero encabezamiento! I tanto mas temo a ese día, cuanto que ya ha llegado muchas veces para varios de mis laboriosos compañeros.

—El 4 del presente, es decir, el martes, se representó en el teatro «El Hernani,» despues de cantarse la cancion nacional i de haberse regalado al público, mui numeroso esta vez, con un precioso cuadro que representaba la partida del *Dart* para el Callao. Nuevo i curioso era este espectáculo, i tanto mas digno de verse cuanto que encierra, hasta cierto punto, un pensamiento político. El 4 de octubre de 1814 principiaron a entrar en Santiago las tropas del jeneral Osorio, vencedoras del desastroso sitio de Rancagua, mientras los heroicos restos de nuestro diezmoado ejército se dirijian precipitadamente a Mendoza, atravesando las escarpadas cordilleras. La simulada partida del *Dart* para el Callao, en las actuales circunstancias i en una funcion dedicada a la Union Americana, precisamente en el aniversario de la entrada de Osorio, es mas que una simple representacion: es como una protesta contra la invacion extranjera; i el numeroso concurso que apludia a los marineros de la tripulacion i nuestra cancion nacional, no hizo mas que espresar por su medio el deseo de libertad, la declaracion de los ánimos contra toda pretencion de conquista, i las simpatías de todo buen chileno por la causa Peruana i por la union de la América democrática.

Hubo, sin embargo, muchas personas que se fijaron en que ni el ministro ni el secretario de la legacion Peruana habian asistido a la funcion: lo que no deja de ser extraño, i es verdaderamente digno de sentirse. Por muchos que sean los quehaceres de esos caballeros, nunca habria sido mui difícil dejar, siquiera una o dos horas de la mano, sus numerosos trabajos. ¡Dios quiera que la inasistencia no haya sido por falta de entusiasmo!

El juéves se dió, a beneficio de la Sociedad de instruccion primaria, otra funcion bastante lucida, en que volvió a cantarse la cancion nacional i se representó la llegada del *Dart* al Callao. A pesar de esto, i de que la pieza era de las mas buenas, no hubo tanta concurrencia, sobre todo de hombres. Cualquiera que, sin co-

nocer a Santiago, se asomara al teatro, se formaria, a no dudarlo, una mui aventajada idea de la gran laboriosidad de su apática juventud: pero nosotros, los que la conocemos, saldriamos luego a reirnos de tan calumniosa suposicion, i desengañaríamos al infeliz de que, no por la sobra de trabajo, si no por la falta de gusto en nuestros jóvenes, es por lo que se ve el teatro tan frecuentemente vacío.

Como ya ha visto que no tiene para que demorarse en la capital, el domingo dará su última funcion la actual compañía, a beneficio de la sociedad lírica italiana, i dedicada a los jefes i oficiales residentes en Santiago, al cuerpo de jendarmes i guardia municipal.

¿Qué haremos sin ella? Qué va a ser de nosotros por la noche? Mucho la sentimos realmente i le deseamos mui buen viaje; mas ya que a todo se le fia de buscar acomodo, ponemos nuestras esperanzas en los paseos a la alameda, en lo mas cortas que las noches se van haciendo cada dia, i en el circo.

A propósito del circo, se anuncia al público que el domingo 9 darán los señores Buislay, por primera vez en aquel la sorprendente prueba del *Zampillaerostation*; i el empeño que la empresa tiene en mejorar lo mas posible las funciones verdaderas, para que de este modo no se eche tanto de menos el teatro. No podemos dejar de dar las gracias a los jóvenes empresarios, que tratan de preparar así un tan agradable pasatiempo a nuestra ceremoniosa sociedad, i de invitar al público a que asista a los entretenidos i admirables espectáculos que, contando empeño i deseo de agradarlo, se le ofrecen.

—Ya que he hablado de alameda, no pasaré adelante sin decir lo que gana constantemente este bello paseo, gracias en gran parte al exintendente, al señor Errázuriz, que, al abandonar el mando de la provincia para ocupar el puesto que tenia el señor Güemes, quiso dejar-nos un buen recuerdo de su breve administracion, ordenando que todas las tardes fuese alguna banda de música a tocar mientras dura la concurrencia en la cañada. De este modo, contando la jente con el nuevo atractivo de la música, toma un interes mayor en ir por las tardes a entretener en el paseo las horas últimas del dia, que son casi siempre desocupadas para nuestras bellas santiaguinas i los mozos todos de nuestra estendida poblacion. Advierto a mis lectores que el hablar aquí de *todos* los jóvenes, i no solo de los elegantes, no es una cosa tan a vuelo de pájaro; como que si fuera a tratar solamente de estos últimos, no habria caido en la imperdonable redundancia de decir que tenían tales o cuales horas desocupadas, siendo tan sabido que la primera cualidad de la elegancia, aquella cualidad *sine qua non* es la ociosidad; o mejor, para no hablar tan claro (por-

que la claridad suele ser una falta gravísima) la completa inexistencia de cualquiera clase de ocupaciones.

Los árboles, desnudos este tiempo pasado i tan pobres de hojas como de esperanzas realizadas el corazon de un rojo, principian ya a engalanarse, llenándose de verdura como de monedas el bolsillo de un logrero. Todo esto contribuye tambien naturalmente a hacer mas bello i deseable el paseo a la alameda.

Sin embargo, ni la alegría de la naturaleza que resusita, ni octubre que a toda voz viene gritando al tiempo que la primavera ha llegado, consiguen hacer que éste se mejore ni siquiera se dé por entendido. Antes, por el contrario, continuan los malos dias, continuan las enfermedades, las malas noticias i todo lo malo en fin que pudiera temerse, hasta..., hasta la enfermedad del ministerio, que ha pegado hace poco un terrible estornudo que ha ido a estallar en Valparaiso. En la tarde i parte de la noche del viérnes tuvimos al fin un corto aguacerito, pero tan corto, tan corto como el dia de fiesta para el desaplicado estudiante. Mas de cualquier modo, algo se ha descargado con él la atmósfera.

Copiamos a continuacion un brevisimo diálogo entre dos jóvenes santiaguinos, en el que terció a poco un caballero del campo.

—¡Que buenos dias! Manuel. Yo que soi tan enemigo del calor, no puedo menos que ver con gusto estos dias nublados que estamos teniendo.

—De véras que para mí es tambien la cosa mas fastidiosa del mundo el verano, i mucho que siento cuando se adelanta como el año pasado; mientras que ahora, cada vez que miro nublarse el tiempo, me parece que es un dia mas que tarda en llegar esa maldita estacion.

—Oh, sí; con calor no se puede hacer nada, ni salir ni trabajar: hasta para moverse faltan ánimos, i solo para estarse uno tendido parecen hechos esos infernales meses de diciembre i enero.

En esto llega el señor don Juan Antonio, recién venido de su hacienda.

—¿Cómo están U. U.? mis amigos. ¿Qué dicen U. U. del tiempo, de estos picares dias que nos están matando?

—Pues, señor, le responde Manuel, en este mismo instante nos estábamos felicitando por ellos.

—¡Jesus, Maria! ¿Felicitarse por ellos? U. se está burlando. Felicitarse por unos dias tan nublados que, a continuar así, llenarán los trigos de polvillo!

Así, ni mas ni ménos, es la cosa; por la misma causa se alegran unos i cobian otros.

La fortuna es que, como Dios es tan sabio, i conoce a los hombres de pe a pa, i sabe que

ponerse a hacerles caso seria de nunca acabar, deja no mas rodar la bola, sin dársele un bledo lo que nosotros digamos, ni quedarse por ello un solo minuto sin dormir. Pero como no hai mal que por bien no venga, hétenos aquí que a los gobiernos, que no son nunca tan sabios como Dios, les suele dar a veces por seguir su ejemplo; i en vano el pueblo pone el grito en el cielo, porque, nada i nada, i, quieras que no quieras, ahí te has de estar años i años como el infeliz Quevedo.

—Ya que tanto he palabreado sobre el tiempo, bueno será que me ocupe ahora de otra cosa, que no ha de ser sino unas buenas noticias literarias que voi a poner en el conocimiento de mis lectores que no las sepan.

La primera de ellas, es la publicacion, hecha por don Domingo Arteaga Alemparte de la obra de Mr. Laboulaye titulada *Paris en América*, traducida por aquel al castellano, i de la que me abstengo por ahora de decir nada, tanto porque no la conozco sino por los ojos i las noticias que se me han dado de ella, cuanto porque en el número próximo se publicará un artículo que a cerca de dicho trabajo ha escrito uno de los colaboradores al «Correo». De todos modos, los antecedentes literarios del señor Arteaga i la buena acogida que ha tenido en Europa la obra orijinal, son una fuerte presuncion para creer que el libro es de bastante mérito.

Por fin, en la noche del viernes próximo pasado se ha incorporado a la Universidad, como miembro de la facultad de Filosofía i Humanidades, el señor don Guillermo Matta, ya ántes varias veces propuesto. No se ha querido publicar en este periódico su bello discurso de incorporacion «Sobre la poesia americana» porque, siendo demasiado estenso para darlo en un solo número, como se hubiera deseado, los lectores de «El Correo Literario» podrán verlo mas cómodamente en algun diario en que se publique, sin tener que aguardar una semana para concluir tan interesante pieza, lo que habria tenido que suceder en caso de haberle dado lugar en estas columnas,

El nombramiento del señor Matta era una antigua deuda para con el reconocido mérito de este notable escritor i entusiasta ciudadano, jeneralmente reputado el primero de los poetas chilenos.

O. A. T.

MOSAICO.

¿Qué es la mujer sin amor?

La risa a tu labio asoma
I me preguntas, paloma:

—¿Qué es la mujer sin amor?

—Es una flor sin aroma,
Es una rama sin flor.

Es una linda escultura
De irreprochable hermosa
Que a contemplarla convida,
Que se siente frio, i dura
Sin el calor de la vida.

Es un harpa celestial
De que ningun ser mortal
Ha arrancado leve son:
Es un suspiro casual
Que no tiene esplicacion.

Es un verso cadencioso
A que el poeta afanoso
Le busca rima i no le halla:
Es pensamiento amoroso
En que el sujeto se calla.

Es primavera sin flores,
Es aurora sin colores,
Es tarde sin arrebol,
Es noche sin resplandores,
Es triste dia sin sol.

Es la nave abandonada
Que voga sin capitán;
Es Eva, recién creada,
Que aun no se ha visto enlazada
Por los brazos de su Adán.

No hai vida sin ilusiones,
Ni hai mujer sin corazón!
¡Te ries! Por Belzebú
Que, si hai alguna escepcion,
Esa escepcion eres tú!

Pensamientos profundos.

—Dicen algunos que las ofensas deben lavarse con sangre. Esta lejía podrá blanquear mucho, pero hace agujeros.

—Mucho mejor que tirar de una carreta es tirar de una pierna asada de carnero.

—Nada saben hacer las mujeres tambien como lo que hacen sin haberlo aprendido.

—Se encuentran en el mundo muchas jentes que dicen:—Haga Ud. el favor de prestarme atencion,—i continúan despues:—Haga Ud. el favor de prestarme un duro.

—Estoi convencido de que el pais en que mas perdidos se encuentran los bosques es aquel en que mas leña se corta i se echa a perder.

—Antiguamente los jóvenes sacaban encendidos sus corazones al salir del baile; hoi sacan encendido su cigarro.

A los señores Ajentes i suscritores de provincias

Se les suplica tengan la bondad de mandar a la mayor brevedad posible el valor de las suscripciones al segundo trimestre que principió con el número 13; esta es anticipada i hasta ahora no hemos recibido todavia de algunas provincias el pago del primer trimestre. Como este periódico vive de sus abonados creemos que no desatenderán tan justa súplica.

CONGRESO NACIONAL.

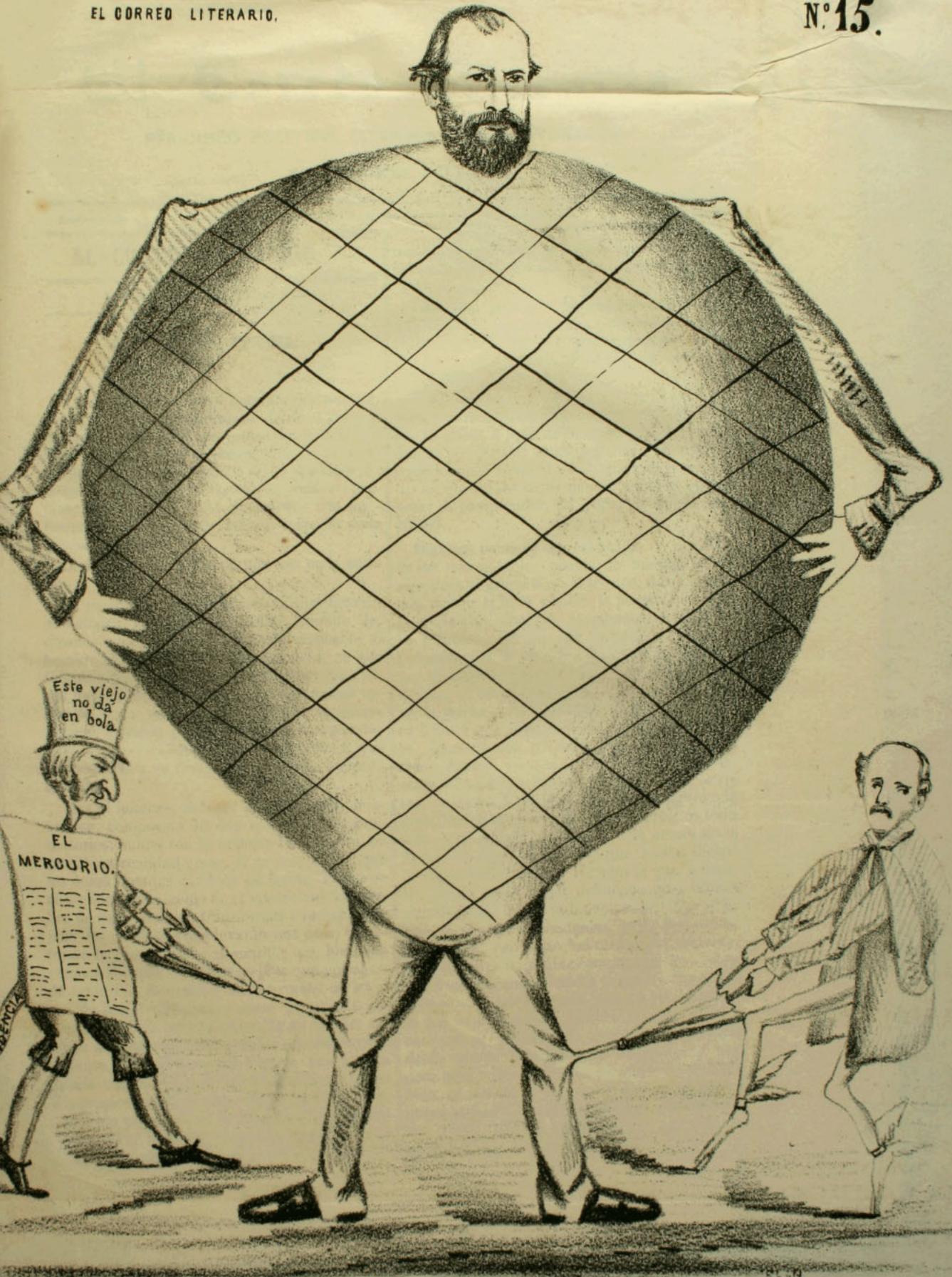


D. AMBROSIO MONTT.



La reina de España que al verlo entra en tentaciones, quiere

AFICION JINÁSTICA. El Emperador de los francos ensaya el Zampullero en Méjico.



Ascension aereostática del GRAN EXONERADOR.